

Capítulo 1

El rostro de Jesucristo era blanco como el de un espectro. Sus ojos eran dos ases de diamantes negros. Su boca estaba distorsionada en una sonrisa oscura.

El padre Ismael no lograba liberarse de esa imagen: Jesús transformado en un mimo crucificado. Alguien en la primera fila carraspeó su garganta. Ismael no había terminado su sermón. Intentando recordar qué estaba diciendo, alzó sus manos sudorosas y bajó la cabeza. Aún con los ojos cerrados, vio por un instante, como un fogonazo, la figura profanada de la Virgen María vistiendo unos harapos con rombos blancos y negros. Su rostro... una calavera sonriente.

—Él hace que el sol salga sobre malos y buenos —continuó el padre Ismael, rogando que el micrófono no recogiera el golpeteo acelerado de su corazón—, y envía la lluvia sobre justos e injustos.

Entre los escasos feligreses que estaban sentados en los bancos, se multiplicaron las miradas incómodas y los murmullos. El hedor a mirra lo tenía mareado y la luz de las lámparas, que colgaban del techo abovedado dentro del templo, le lastimaba los ojos. Si quería mantener la fachada de normalidad, debía terminar la ceremonia lo antes posible.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Que los dones del Señor descendan sobre todos vosotros y os acompañe siempre.

—Amén —contestó la congregación al unísono.

—Podéis ir en paz —dijo el padre con la boca seca.

Como siempre, no faltó quien salió corriendo de la iglesia. Aunque eso le solía malhumorar, esa calurosa noche Ismael quería que todos volvieran cuanto antes a sus vidas mundanas en San Isidro, ese pueblucho donde nada crecía. Sin embargo, no tendría tal suerte.

Además del problema con los mimos crucificados que aparecían, como por arte de magia, cada madrugada en el templo (algo que le había costado mantener en secreto), también lo aquejaba un malestar en la boca del estómago que se negaba a desaparecer, al igual que las molestas señoras frente a él. Doña Josefa y otras ancianas se acercaron para pedirle, una vez más, la bendición. Al parecer, no era suficiente con la colectiva, sino que exigían una personalizada.

Ismael le dio una palmadita amistosa a Pedro, su monaguillo, y le guiñó el ojo, indicando que

lo ayudara a poner todo en orden mientras él se encargaba de arrear a las ancianas hacia las puertas del templo. Si lograba evitar cualquier asomo de conversación sobre la crisis nacional o la corrupción política que llevaba años desangrando a San Isidro, limitándose a asentir en silencio, podría deshacerse de ellas. Y lo hubiera logrado si no fuera porque su acólito, cerca de la entrada a la sacristía, lo llamó a gritos. El tono de urgencia en su voz era evidente.

Doña Josefa se detuvo en seco, en medio de la nave central, y apoyó su bastón con firmeza, como si lo hubiese anclado en el suelo. La menuda señora, desdentada y de piel quemada por el sol, lanzó una mirada inquisitiva hacia la sacristía y luego se volvió hacia Ismael. Algo iba mal y ambos lo sabían.

—¿Todo bien, padre?

Ismael alzó una ceja. ¿Qué sería ahora? ¿Habrían profanado el Sagrado Corazón? Quizás los desgraciados que se habían dedicado a vandalizar la iglesia habían cambiado la paloma blanca por una polla con alas o algo peor.

—Nada con lo que pueda ayudarme —respondió Ismael.

—¡Padre! —insistió el monaguillo.

—Ya vamos, Pedrito —dijo doña Josefa, haciendo un gesto para que el resto de las ancianas la siguieran.

—No hace falta —reiteró Ismael.

Con una marcha terca y determinada, la anciana apuró el paso hasta que el sacerdote la tomó por el brazo.

—¿Padre? —Doña Josefa frunció el ceño.

—He dicho que no hace falta.

—Pero quiero ayudarlo.

—¿A mí? Apenas puede con su alma. ¡No puede ayudar a nadie!

Tan pronto como cerró la boca, Ismael se arrepintió de sus palabras. La conmoción no tardó en transformarse en enojo entre los presentes. Doña Josefa y las demás no dejaron de murmurar reproches hasta que salieron del templo.

—Lo siento mucho —repitió el sacerdote, apenado, una y otra vez.

Doña Josefa, antes de marcharse, se volvió una vez más hacia Ismael, lo apuntó con su bastón y dijo:

—Proverbios 11:2, padre. Recuerde lo que pasó la última vez.

Ismael sabía muy bien a qué se refería esa cita bíblica: pecar de soberbia. No era la primera vez que era blanco de las críticas del pueblo. «¡Qué más da! Siempre van a hablar mal de uno», pensó. Además, tenía cosas más apremiantes de las que preocuparse. Sin pensárselo mucho, echó la llave al pestillo y guardó el llavero en el bolsillo de la sotana. No había forma de que lo supiera en ese momento, pero esa decisión habría de costarle la vida minutos más tarde.